

El alegre eco de una contradanza en el cumpleaños de Carlos III. Murcia 1.786

*Cristina TORRES-FONTES SUÁREZ **

El siglo XVIII ha sido y es fuente de multitud de tópicos y la distancia entre lo programado, anunciado, deseado o iniciado respecto a lo conseguido es muy grande, pero no por eso puede otarse el horizonte de esta centuria desde posiciones negativas ni tampoco enteramente positivas, ya que los avances logrados en muchos aspectos fueron espectaculares, aunque otros, los menos, con escasos o débiles resultados, impidieron el cambio apetecido y siempre teniendo en cuenta las circunstancias de las dos últimas décadas de esta centuria que a su vez modificaron adelantos y frenaron innovaciones en marcha.

Pero no es menos cierto que renovar, reformar, recuperar y rehacer fueron verbos que se conjugaron con bastante frecuencia y acierto, así como proyectos de largo alcance de irregulares consecuencias. Fueron los hombres al frente del gobierno quienes fomentaron y programaron con eficaz promoción y elección de medios el realizar una larga serie de reformas desde arriba, que los reyes impulsaron o dejaron seguir adelante en este anhelante y general deseo del buen hacer. Y hubo beneficiosas consecuciones en crecimiento económico, cultural y social con renovación de estructuras y apertura de posibilidades para los más decididos o afortunados; con la centralización gubernamental y reorganización administrativa los ilustrados buscaron e idearon formas para un quehacer general, para todos, aunque cada uno en su sitio, que consideraban beneficiosas para la nación y para el pueblo. Puede afirmarse, sin temor a equívocos, que hay que hablar siempre antes o después del siglo XVIII. El avance en muchos aspectos fue irreversible.

Este desarrollo que repercute en aspectos muy diversos y de variable valoración, tiene uno de sus mejores muestrarios en la renovación urbana; la ciudad crece, se ensancha, moderniza y engrandece con espléndidas construcciones, con mejora de plazas y calles y con un resultado tan espectacular como para obtener una estampa gráfica inigualable; una ciudad

* *Universidad de Murcia.*

en crecimiento a la que llegan los nuevos impulsos que renuevan y transforman la fisonomía urbana y la embellecen; se construyen fastuosos palacios, se reforman fachadas, se amplían casas y la catedral, obra de siglos se acaba antes que el XVIII diga su definitivo adiós con la intervención de Ventura Rodríguez, quien en Murcia, lo mismo que en Madrid, tiene la última palabra en cuanto a directrices arquitectónicas, que marcan y definen una forma de ver las cosas y con el propósito de hacer la ciudad más bella y acogedora.

El vendaval reformista empuja al noble, al terrateniente, a acudir a la ciudad, a levantar hermosos y suntuosos palacios con amplios salones y artísticos pavimentos; a la participación en toda clase de reuniones sociales privadas y acontecimientos públicos, ya que estos se celebran para todos, si bien unos lo hacen como actores en tanto que los demás son meros espectadores, ya que faltos de posición social y económica adecuada no podían aspirar a ser protagonistas. Y son estos los que aplauden, elogian, vitorean, pero también envidian, protestan y no dejan de murmurar contra las desigualdades sociales y los gastos superfluos de quienes se mueven a mayor altura, más aún cuando en los últimos años del reinado de Carlos III los precios de los artículos alimentarios se habían disparado con grave repercusión en los más débiles.

Esta contradanza socioeconómica quizá tenga su mejor representación en un romance de ciegos que se populariza en Murcia a fines del siglo XVIII, y que se refiere a la orden del corregidor de derribar las barracas existentes en las proximidades de la ciudad que servían de casa y habitación a muchas personas. Romance expresivo del sentimiento hondo y emotivo del huertano en defensa de su barraca en tanto que *en Murcia hay cada vez mas casas*, es una pública protesta ante una situación y disposiciones que no podían evitar:

*El rey tie varios palacios,
el corregidor tie casas,
á aquer que tiene dineros
ande vivir no le farta.
Yo tengo en esa vivienda
To mi bien y toa mi arma;
¿qué le queará á este infelís
si le erribais la barraca?*

Pero es sólo un romance, porque la literatura de la época no repara en tales cosas, salvo excepciones a veces exagerada en sentido contrario, como en el hipercriticismo de un Jovellanos abrumado con sus sombrías perspectivas, ya que en 1796, cuatro años antes de que se despida el siglo, en su *Memoria sobre los espectáculos y diversiones públicas en España*, así lo veía: “En los días solemnes, en vez de alegría y bullicio que debiera anunciar el contento de sus moradores, reina en las calles y plazas una perezosa inacción, un triste silencio¹”.

¹ JOVELLANOS, *Obras*, B.AA. EE. XLVI, pág. 491 b.

Para la literatura festiva todo es bello, todo es perfecto, a todos alegra y es conveniente seguir celebrando fiestas así como todo cuanto pueda contentar a los cuerpos y al espíritu. Alegría oficial para todos. Una de las características de la época barroca es la frecuencia con que se celebran grandes festividades, que incluso dan pie a erigir esculturas y construcciones efímeras, donde se emplean asombrosas maquinarias en las que intervienen el fuego y el agua. El montaje asume las dimensiones propias de un “tableau vivant” los brocados junto con la vegetación, acompañada por otros símbolos de la naturaleza, crean una especie de maquinaria festiva que evocaran las celebraciones efectuadas años antes por P.P. Rubens con ocasión de solemnes inauguraciones o ceremonias excelsas.

Como se ha señalado acertadamente “*la fiesta se convierte en un gran espectáculo*” cuyo escenario llega a ser la ciudad entera que vive sus ritmos condicionada por la celebración de cualquier hecho, acontecimiento o suceso, de por sí extraordinario, que viene a turbarla y transfigurarla². Lo cual proporciona una fisonomía de ciudades nuevas con públicos impulsos vitales la mayor parte de las veces lejos de la realidad.

La celebración de festejos en la ciudad en el siglo XVIII es creación de las clases más altas. En principio, al igual que las cabalgatas, las fiestas reales son más que nada una exhibición del lujo y el lucimiento de sus participantes. Lo curioso es que el pueblo, pese a su papel fundamental de mero espectador, no solo no rechaza lo que pudiera parecerle una agresiva manifestación de lujo, sino que asume pronto las fiestas, cabalgatas y mascaradas, y participa jubiloso en ellas³.

Una de estas fiestas en la que el pueblo es espectador y protagoniza la nobleza, que cabalga, juega y se divierte, es la que aquí queremos recordar. Tal fue la celebración pública del cumpleaños de Carlos III en 1786, esto es, dos años antes de su muerte y que fue descrita en fáciles endecasílabos por un vecino de Murcia llamado Matías Pichaloup y Pousent bajo el barroco título de *DESCRIPCIÓN DE LAS PLAUSIBLES Y MAGNÍFICAS FIESTAS QUE LA OFICIALIDAD DEL REGIMIENTO DRAGOS DE PAVIA Y LA NOBLEZA DE LA M.N.M.L., FIDELÍSIMA Y SIETE VECES CORONADA CIUDAD DE MURCIA, CELEBRARON POR EL CUMPLEAÑOS DEL REY NUESTRO SEÑOR (que Dios guarde) EN EL DÍA 20 DE ENERO DE ESTE PRESENTE AÑO DE 1786*.

Obra que no ha sido comentada hasta ahora y autor del que nada sabemos, salvo su declaración impresa de ser natural de Murcia y tener un apellido sonoro, pero equívoco, como era el de Pichaloup. El autor comienza con una introducción preliminar para exponer el motivo y causas de su publicación, y lo hace con un recorrido por el laberinto de la historia clásica, remontándose

² PEÑAFIEL RAMÓN, A. *Fiesta y celebración política en la Murcia de los primeros Borbones*. Murgetana, nº 76, Murcia, 1988, pág. 78,

³ VALENCIANO GAYA, L. *Las mascaradas murcianas en el siglo XIX*. Col. Biblioteca Murciana de Bolsillo, Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1981. Cabe también preguntarse si en los días siguientes los comentarios en las barriadas no tendrían diversidad de matices, pues no faltarían las murmuraciones contra el derroche y gastos superfluos.

a las fiestas gentílicas de la Antigüedad, léase Bacanales, Nemeas, Augustales, Geniales, Quinquenales etc. y *para divertir al Pueblo* infinidad de entretenimientos y diversiones: juegos máximos, de gladiadores, olímpicos, navales, juvenales, circenses, carreras de carros y caballos, luchas de fieras y de fieras y hombres etc. Fiestas que según el autor quedaron en el substrato cultural hispano y que de una u otra forma se repitieron invariablemente, aunque con predominio de las escaramuzas, toros, carreras de cañas, sortija, alcancía etc. que eran siempre en España propios de la nobleza y *celebrábanse a fin de instruirse en el manejo del caballo y uso de la lanza; pero con el objeto de festejar a las damas, a cuya devoción se celebraban...*

De esta forma y de tal manera Pichaloup justifica tales fiestas y su monopolización por la nobleza, ya que “ *estos y otros exemplos hallaremos si examinamos la Historia; exemplos que ocuparon las plumas de los mas eruditos escritores; exemplos que en parte motivaron las presentes fiestas; y exemplos que fatigaran con igual ejercicio la memoria, la admiración y la alabanza*”. Motivo también para que el autor exaltara la fiesta murciana y la describiera con sus barrocas formas en trescientos veinticuatro versos endecasílabos, con su persistente rima en los pares que, sino agotan, si cansan la paciencia del lector ávido de conocer el desarrollo de la fiesta.. Y una justificación final, el que la conmemoración del cumpleaños del rey tenía un significado completo, como era dar “*las pruebas más relevantes de su lealtad*”, pero también sin olvidar a las damas: “*a favor de aquel Sexo*”.

El lugar elegido para esta conmemoración fue el Arenal. Desde los siglos medievales las plazas extraurbanas del Mercado y del Arenal fueron zonas de expansión y esparcimiento, y en donde se celebraban todos los actos ciudadanos que no tenían cabida en las estrechas y retorcidas calles y pequeñas plazas del interior del recinto urbano. En ellas se sucedieron entre otros muchos el mercado semanal y los alardes semestrales que forzosamente tenían que efectuar con sus caballos los vecinos cuantiosos cuyos bienes les obligaban a su mantenimiento; y en la plaza del Mercado tuvieron lugar las predicaciones de fray Vicente Ferrer.

Sería en el siglo XVIII, en que tantas cosas se renuevan y tantas otras se mantienen mal encubiertas bajo títulos o envolturas equívocas, cuando el Arenal se moderniza, adquiere dimensiones estéticas y una valoración urbanística trascendente. La idea fue del obispo don Juan Mateo López quien por haber permanecido largo tiempo en Roma, tenía ideas urbanísticas claras en cuanto a simetría, encuadramiento, amplitud de espacio y su mejor y adecuada utilización, así como la necesidad de nuevas construcciones episcopales acordes y complementarias de la Catedral. Si fallece pronto, en 1752, su impulso, sus propósitos se mantienen y cuantos problemas se interpusieron pronto fueron resueltos.

La idea era la de crear un amplio espacio rectangular entre el palacio de la Inquisición, antiguo Alcázar Real, y una galería o saliente del propio palacio episcopal (el Martillo), desde su fachada posterior hacia el río para ganar igual longitud que el lado opuesto, y que dicha fachada posterior de su palacio

quedara en línea con la del Ayuntamiento. Según Roselló y Cano ⁴ desde el punto de vista urbanístico el nuevo espacio mantiene un cierto equilibrio entre la tradición hispana de plaza cerrada y las nuevas ordenaciones europeas barrocas de grandes perspectivas. Pero además, entre los propósitos del obispo Mateo, que muestra como el Arenal estaba de moda, proyectaba la construcción de un porche en el Martillo que sirviera de abrigo en invierno y sombra en verano a la gente de distinción y demás vecindario que regularmente concurre a dicha plaza para diversión y paseo, y del comercio que regularmente trafica en ella.

Pero también hubo preocupación municipal para dar mayor realce al Arenal, y en este año 1786 que comentamos, acordó trasladar el Mercado desde el Arenal a las plazas del Esparto y de Santo Domingo ⁵. De igual forma procuraron dignificar el espacio anterior al Arenal haciendo desaparecer el taller de un herrador situado en la plazuela de la Inquisición y llevar los carruajes que se estacionaban en el Plano de San Francisco a otro lugar; la perspectiva de toda esta espaciada zona extraurbana quedaba aún mas airosa con la terminación del puente de piedra, con sus dos templetes en el centro y nichos anteriores, tal como es la imagen que nos ofrece el grabado publicado por Espinalt en su Atlante Español ⁶.

Perspectiva que sorprendió al viajero inglés Townsend, quien caminando precisamente este año por tierras murcianas, manifiesta en su relato viajero haber quedado extraordinariamente sorprendido paseo cotidiano del puente construido sobre el Segura, y del largo dique de defensa levantado en su margen para liberar a la ciudad de las inundaciones frecuentes, con la anchura suficiente para ser utilizado como por el vecindario ⁷.

Por ello, el Arenal fue escogido para conmemorar el cumpleaños real. Era primer ministro de Carlos III el murciano conde de Floridablanca y por ello las expresiones públicas de afecto y demostración de fidelidad eran un tanto obligadas. El 7 de Enero había tomado posesión del corregimiento Juan Pablo de Salvador y Asprrer y una de sus primeras disposiciones fue, atendiendo las órdenes del Capitán General de Valencia, de proporcionar alojamiento adecuado para que pudieran acuartelarse dos escuadrones del Regimiento de Pavía que se hallaban en Orihuela.

Se habilitó el Almudí para estos setecientos sesenta hombres mediante las obras precisas y se atendió igualmente al adecentamiento de distintas salas del Contraste. Todo se tuvo en cuenta, pues en atención al Corregidor el festejo se hizo delante del Ayuntamiento, con la participación de oficiales y fuerzas del Regimiento de Pavía junto con jóvenes de la aristocracia ciudadana.

En la nobleza murciana, como en toda la española del siglo XVIII, persistían unas formas de manifestaciones públicas que desde los últimos

⁴ ROSELLO Y CANO: *Evolución urbana de Murcia*. Ayuntamiento de Murcia, 1975.

⁵ Actas Capitulares del Ayuntamiento de Murcia en este año.

⁶ ESPINALT Y GARCIA, B. *Atlante Español. Reino de Murcia*. Biblioteca Murciana de Bolsillo. Academia Alfonso X el Sabio. Murcia, 1980.

⁷ TOWNSEND, JOSEPH. *A Journey through Spain in the years 1786 and 1787*, Londres, 1791.

siglos medievales habían quedado establecidas en sustitución de los viejos ideales de lucha contra el moro, lo que precisamente les había proporcionado su graduación social. Sería la romántica caballeresca la que con diversas representaciones justificaba la continuidad oficial de los ideales de la alta Edad Media. Seguiría manteniéndose la diferenciación social y el artificio se manifiesta en actos públicos en los que caballo de guerra y armas del caballero son sus útiles en simulacros bélicos; en ellos, la destreza, fuerza y habilidad del jinete son las bases más seguras para lograr el triunfo, el aplauso, la fama y el galardón de su dama.

Soberbios caballos, ostentosos y vistosos vestidos y airoso cabalgar destacan en la entrada al palenque para participar en juegos ecuestres, sustitutivos de los encuentros armados, donde grupos de caballeros, al son de la música, ejecutan toda clase de movimientos, aompasados, de cruces, vueltas y corcovear de sus caballos en un continuo danzar y contradanzar, en metódicos y medidos avances y retrocesos al ritmo que impone el compás musical.

El esfuerzo poético de Pichaloup en cuento a su descripción y explicación del acto no pasa de ser una ligera referencia al festejo en sí, pues como buen burgués atiende más a enumerar los nombres de los participantes que a cuanto se desarrolla en el palenque, no obstante lo cual, se precisa la vistosidad del espectáculo, en que luz, color y sonido se conjuntaron para dar mayor animación y brillantez al acto.

Bastante antes de que la fiesta se inicie la animación es total. El espectáculo lo merece. La tramoya se organiza en adecuado escenario para ofrecer un acontecimiento que intenta mejorar los anteriores y en que se procura obtener una estampa brillante, basado no solo en la elegancia y habilidad ecuestre y en movimiento aompasado de los distintos grupos de jinetes, sino también en la vistosidad y variedad de colores de los uniformes y cuanto suponía la conjunción de la muchedumbre, codo con codo, formando trincheras humanas alrededor del vallado palenque, acordonado por fuerzas de un escuadrón del Regimiento de Pavía, sino también quienes en balcones y terrazas presencian el festejo, porque en la fiesta barroca, afirma Bonet Correa, participan todos los estamentos de la ciudad: los nobles, los eclesiásticos, los funcionarios, las órdenes religiosas, los artesanos, los menestrales, los huertanos etc.⁸

Y así es, los espectadores que abarrotan la plaza, el ciudadano de a pie con su asistencia multitudinaria muestra que la fiesta encopetada no carece de atractivos para ellos, y en las calle, desde el Palacio Episcopal hasta el antiguo Alcázar, alrededor del palenque o encaramándose a las alturas accesibles tanto hombres, como mujeres y niños, con su apretada presencia y larga paciencia asumían su papel laudatorio. Tal como lo describe Pichaloup:

⁸ BONET CORREA, A. *La fiesta barroca como práctica del poder*. Diwan n° 5-6. Zaragoza, 1979, pág. 53.

En Terrados, Balcones, y Ventanas,
 A Esquadrones la Gente, parecía
 Que á escalar iban el antiguo Alcazar:
 Del celebrado Puente los dos Nichos,
 Que á dos Custodios en sus senos guardan,
 Aunque no de vulgar arquitectura,
 La Plebe mas vulgar también escala.

Pero no falta los mas distinguidos, los que asisten, sin mezclarse con la plebe, en los edificios circundantes que delimitan el espacio en donde se celebra entonces la primera parte del festejo, la destinada para todos los ciudadanos, pues lo presencian con mayor comodidad y sin *mezcla de mal alguno*. Oigamos otra vez a Pichaloup.

Los demás Miradores, los restantes
 Despejados Balcones, se adornaban
 De lo más distinguido, siendo entonces
 Augusto Trono de Nobleza tanta.
 Del Consistorio, del Ayuntamiento,
 Las magníficas Casas, se anegaban,
 A inundaciones del hermoso Sexô.
 De aquella clase más privilegiada.

En las fiestas de Proclamación de Carlos III, en Murcia, resalta Antonio de los Reyes que no se mencione la asistencia de las damas a dichos actos: *la ausencia de la mujer es notoria. Que debió participar en ellas, es exacto, pues hay bailes y danzas y van a los toros; pero hay que adivinarlo. El autor las olvida a caso intencionadamente*⁹. Por el contrario, Pichaloup las eleva a un primer lugar y sus referencias no se circunscriben a señalar su presencia en los balcones circundantes, pues también destaca la pugna caballeresca para obtener el triunfo y con él la entrega del galardón por su dama; y el *inmenso concurso de las damas...* se repite en las fiestas que se celebran ya solo para la minoría aristocrática, en el Ayuntamiento y en el Contraste.

En ordenada formación y al son de una música marcial entran los jinetes en el palenque. Lo encabeza el cuadrillero mayor Antonio Lucas Celdrán, señor de los Javalíes, jinete en negro corcel, con un sombrerillo coronado con largo y vistoso penacho *a modo antiguo de española usanza*, más casaquilla corta, chupa, calzón y ceñida banda en su vestimenta toda en *púrpura grana*.

Le sigue la primera ala que venía regida por el marqués de Salinas, cuya escuadra la componían cinco miembros de la nobleza murciana y de oficiales del regimiento de Pavía: el regidor Fontes, Beldall, Molina, García y Mauduit, todos con uniformes dorados.

⁹ REYES, A. de los : *Murcia y Carlos III*. Biblioteca murciana de Bolsillo, Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1984, pág. 64.

A la cabeza del escuadrón central iba Uribe, marqués de San Mamés, sobre caballo blanco manchado, y tras él, un cuerpo de batalla formado por Balmaseda, Tornés, Prieto, Padía y Lozano, con uniformes verdes.

La segunda ala, capitaneada por Torres, sobre *alado Pegaso*, estaba compuesta por Pareja, capitán de Guerra, Melgarejo, Pérez, el regidor Zevallos y Galloso todos con uniforme blanco.

Y, cerrando el desfile, el cuerpo de reserva, comandado por Aguado sobre caballo negro al frente de Sandoval, con Benitez, Cabero, Mauduit y Aranza, uniformados en azul.

La variedad de colores: grana, dorado, rojo, verde, blanco y azul se mezclaban de forma efectista en torbellino multicolor, con la diversidad de pelaje de sus monturas, pues los corceles también entran en el juego festivo, además de que *los caballos reflejan en sus guarniciones y hebillajes, la fortuna y el poder de los señores que los cabalgan*¹⁰.

A los sonos de una contradanza que llena el aire con sus alegres ecos, se inician los juegos ecuestres en el cual los jinetes hacen bailar a sus caballos, ejecutan toda clase de movimientos, giros y escarceos, vueltas y mudanzas, alegres justas, simulacros de escaramuzas.

La primera justa sería la de cañas, a modo de lanzas, y en tanto que *uno acomete, otro huye al encuentro, este embiste, aquel corre, otro se para, quien... atropella, deshace, desbarata...* en el fingido campo de refriega. En este juego no había vencedor, pero se acreditaba la pericia ecuestre de los jinetes y se aplaudía a quienes más lucida actuación habían tenido en la lucha.

Le seguía el juego del anillo o sortija, que tan amplia representación tuvo también en el otoño medieval, y en el cual caballo y lanza son los medios del caballero para obtener el preciado trofeo. Sería Salinas quien se alzaría con el triunfo y los aplausos, vivas y sombreros al aire se unieron a la entrega del premio, que sería un gallardete dorado como su traje.

Allí se acabó la fiesta pública, para comenzar su segunda parte en las salas consistoriales, donde la esposa del Corregidor don Juan Pablo de Salvador y Asprer, cuya naturaleza hellinera no olvida mencionar Pichaloup, ofreció un refresco con asistencia multitudinaria y *tanta fue la combidada... tanta concurrió allí viendo la puerta abierta a impulsos de una mano tan fina...* (hasta que) *terminose el refresco y terminose el día...*

Se dirigieron después, ya en comitiva, al Contraste, en tanto que *dos phalanges de bélicos soldados, avenidas, y puertas custodiaban, prevenciones que á un tiempo se oponían al desorden y el sitio autorizaban.* A la variedad de bebidas, donde no faltaron limonadas y helados, así como toda clase de "Botillería", y en un repuesto o aparador se mostraban, como en un auténtico bodegón barroco, toda clase de viandas, jamón en dulce, tostados bizcochos, borrachos de chocolate y canela, esponjados de serení, alfeñiques y variadas

¹⁰ GARCIA ABELLAN, J. *La otra Murcia del siglo XVIII*. Biblioteca murciana de Bolsillo. Academia de Alfonso X el Sabio. Murcia, 1981, Pág. 112.

confituras, en prolongada comida que fue un verdadero festín, Y la cena que Evil dio en Babilonia, no igualaron con ésta en la abundancia...

Dos tablados con sendas orquestas de música amenizaban el convite e invitaban al baile que comenzó a continuación. El siglo XVIII, puntualiza García Abellán, fue el siglo de las danzas, Murcia bailaba en toda ocasión: bailes de máscaras, de carnestolendas *bailes de velar*, bailes de mayo....¹¹.

Porque frente al fandango y la seguirilla, de raigambre popular, había comenzado a imponerse en los salones aristocráticos, desde fecha bastante temprana, otras danzas mucho más artificiosas y extrañas a usos del país, dice Carmen Martín Gaité¹². Lo que no era fácil y algunos viajeros de fin de siglo, como Alexandre de Laborde señalan la gran dificultad que el correcto aprendizaje de estos bailes suponía para una española¹³.

La alemanda, el minué, la contradanza sobre todo, son de importación extranjera, de moda en todos los salones de la época. Y aunque sería ajeno al propósito de este estudio hacer una descripción ni siquiera aproximada de las sutilezas que diferenciaban a unas de otras, diré que solamente dentro de la contradanza existía tal gama de ejecuciones que sería necesario un tratado de tan sutiles variaciones y tan complicados movimientos y posturas.

Así acaba en una noche de invierno este prolongado festejo. También suponía la vuelta a casa de quienes había asistido en el Arenal al juego de cañas y sortijas, pero lo mismo que fue necesaria vigilancia desde el Ayuntamiento hasta el Contraste, en la plaza de Santa Catalina, en la oscuridad no vigilada de los demás algo debió suceder como para que meses más tarde el mismo Corregidor estableciera el primer servicio de serenos en Murcia¹⁴, los que en número de doce se repartieron el ciudadano velar de sus vecinos y de la nocturna tranquilidad callejera.

Y como en los cuentos, Pichaloup se despide con su barroca y pomposa terminación:

*Y dio fin con la noche la jornada.
Tan plausibles, tan finas, tan brillantes
demostraciones acia su Monarca.*

¹¹ GARCÍA ABELLAN, J; ob. cit.

¹² MARTÍN GAITE, C. *Usos morosos del dieciocho en España*. Ed. Anagrama, Barcelona, 1987, pág. 38.

¹³ LABORDE, A. *Itineraire descriptif de l'Espagne, et tableau élémentaire des diferentes branches de l'Administration et de l'Industrie de ce Royaume*, Paris, 1808, 5 Vols, II-340-41.

¹⁴ RAMOS ROCAMORA. *Noticiario*, Ms. del Archivo Municipal en Septiembre de 1786.

